

Carta al lector

**UN CAMINO VIABLE PARA EL PERÚ DE HOY.
Fuente: Socialismo y Participación número 55, Lima
septiembre de 1991; páginas IX-XVI.**

RUSIA EN 1991

Cuando la multitud detuvo el avance de los tanques por las calles de Moscú y los sobrevivientes de la nomenclatura post-stalinista fracasaron en su último intento de conservar el poder, algo más que un régimen político moría con ellos. Terminaba un ciclo histórico que, iniciado con el Manifiesto Comunista, había abierto al mismo tiempo una época heroica de revoluciones, conspiraciones y guerras, durante la que se fue construyendo una utopía casi equivalente a una religión laica, o se instalaron en el poder dictaduras totalizantes obsesionadas por controlar los fenómenos sociales, al tiempo que un sector de la humanidad mantenía su esperanza en cambiar el mundo y construir una sociedad sin explotación.

Socialismo y Participación no puede ser indiferente a este hecho histórico y debe registrarlo en sus páginas en toda la tragedia y grandeza de una época que termina.

No queremos unirnos al coro de la reacción internacional, que hoy se siente definitivamente triunfadora, porque sabemos que el régimen soviético representó para América Latina algo más que una dictadura horrenda y un sistema de campos de concentración. Muchos latinoamericanos apreciamos en la Unión Soviética la ha-

zaña de haber construido un país con justicia social, con una distribución del ingreso más justa que en nuestras sociedades oligárquicas, sin pobreza extrema y con una política internacional favorable a los movimientos de liberación. Para quienes queremos contribuir a la construcción de nuestra independencia política y económica, la Unión Soviética, sin ser un modelo que imitar, podía jugar en esta época el papel que cumplió la Inglaterra del siglo XVIII con respecto a quienes lucharon en el pasado por la independencia de las colonias españolas: un aliado que equilibre el poder metropolitano, que si para los latinoamericanos del siglo XVIII era el de la Corona Española, para quienes vivimos en el siglo XX no es otro que el de los Estados Unidos.

Por nuestro lado, puesto que estuvimos entre los primeros en adoptar una posición política y conceptualmente independiente de dicho régimen, cuando muchos de los que hoy aplauden su caída tenían frente a él una actitud seguidista y tributaria, hoy no tenemos temor a quedarnos aislados de la fiesta. Así como antes no quisimos aplaudir, hoy nos negamos a festejar la caída de ese régimen porque sabemos que con él se va una posibilidad de justicia social para el mundo, a la vez que, con la democracia que llega, retornan también la

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

discriminación, los fascismos, el egoísmo exacerbado por una crisis profunda.

Precisamente por ello, y ubicándonos en esta parte del planeta, quisiéramos analizar ahora qué es, a nuestro juicio, aquello que muere con el régimen poststalinista.

En primer lugar creemos que muere una forma de ver el mundo. El Manifiesto Comunista tomó del pensamiento europeo progresista del siglo XIX una forma lineal de interpretar la historia. Para ella, la humanidad transitaba por etapas más o menos precisas en todas partes, predeterminadas por las fuerzas económicas y las contradicciones sociales. No importaba si los continentes habían estado aislados o si se habían ignorado unos a otros durante gran parte de la historia humana, si las civilizaciones habían sido fruto de dinámicas diferentes y a veces contrapuestas. El mito científico sostenía que todos seguían el mismo camino y anunciaba que, tarde o temprano, todos llegarían al mismo final de la sociedad sin clases. Poco tiene que ver esta concepción con la realidad de hoy en la que, aun bajo la hegemonía de una sola gran potencia, el mundo se diversifica y las sociedades siguen el curso de diferentes, aún imprevisibles, orientaciones y destinos.

Si el mundo seguía una misma ruta, los hombres podían gobernar su destino. Pensado de esta forma, el socialismo suponía el paso de la prehistoria a la historia de la humanidad, aquella era en la que el pensamiento racional se sobreponía a las leyes económicas, las supersticiones y los instintos. De alguna manera, el pensamiento materialista era la culminación de la racionalidad de Occidente, el triunfo de la razón sobre la animalidad, de la solidaridad plani-

ficada sobre el egoísmo de la selva, de la austeridad de largo plazo sobre el consumo inmediatista. El derrumbe de sesenta años de socialismo estatista ha mostrado sin embargo que la religiosidad, la superstición, las intuiciones humanas, la diversidad, frecuentemente el egoísmo, tienen tanto o más poder que la razón planificadora. De alguna manera también, el fracaso del stalinismo, aunque parezca paradójico, es el de la modernidad, el fracaso de Occidente, que naufraga en el mar de los sentimientos humanos que hoy surgen en el Medio Oriente, en Rusia, en las repúblicas orientales y el Este Europeo.

Como todos los fenómenos complejos, la caída del poststalinismo admite muchas interpretaciones razonables y valederas. No olvidemos también que, si el objetivo final declarado por el stalinismo fue la abolición de la explotación del hombre por el hombre y si sus objetivos inmediatos fueron la socialización de la propiedad y el igualitarismo social, en términos del crecimiento industrial su modelo no fue otro que el capitalismo occidental y norteamericano al que quiso imitar y alcanzar. El pueblo soviético debería darse cuenta que lo fracasado en su país no sólo es el modelo planificador centralizado sino también la incrustación del modelo capitalista -e imperialista si nos referimos a los países del Este europeo y a los pueblos no esclavos de la propia URSS- en una sociedad atrasada, cuya evolución anterior había seguido probablemente cursos diferentes y no suficientemente estudiados.

Pero si el esfuerzo de los hombres para gobernar la historia parece haber sufrido un rudo contraste, ha sucedido lo mismo con el propósito de controlar toda la sociedad desde un grupo deliberadamente constituido

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

para tal fin. Detrás de la tesis leninista del partido-vanguardia y de la tesis marxista de la dictadura de clase estaba la esperanza de ejercer dominio sobre todos los resortes y las claves del organismo social, desde un solo centro animador constituido por un grupo de justos o iluminados. Nada de eso parece ser posible. Los organismos sociales son lo suficientemente complejos como para admitir encua-dramientos, marchas forzadas, esfuerzos totalizadores de control; lo suficientemente persistentes como para aceptarlos durante un tiempo mientras crean subterráneamente sus propios anticuerpos que acabarán rechazando o destruyendo el cuerpo extraño. Es bueno tenerlo en cuenta, desde que la aceptación de este hecho obliga a transformar toda la manera como se concibe y orienta la conducta política de un grupo de hombres en una sociedad determinada.

La otra lección irónica que la realidad le ha jugado al materialismo dialéctico es aquella que se desprende de la acción de sus propias leyes sobre las sociedades socialistas que fueron organizadas en su nombre: todo cambia, todo tiene contradicciones, ningún régimen es irreversible. No existen regímenes eternos y, desde luego, a pesar de los esfuerzos de sus conductores, los regímenes socialistas tampoco lo eran. Ellos también estaban infiltrados por las fuerzas que la teoría ambicionaba superar o eliminar y atravesados de contradicciones, tan antagónicas ocasionalmente, como las que afligen a los países capitalistas que los socialistas denunciaban. En consecuencia, si uno adopta una perspectiva revolucionaria, debe saber que todo aquello que se logre construir es temporal, ningún avance es definitivo. Las conquistas revolucionarias deben estar permanentemente confrontadas

con la cambiante opinión de la gente, en cuyo respaldo finalmente reposan. Ciertamente algunos de estos elementos, y otros que no mencionamos en esta nota, ya habían sido señalados desde la misma fundación de los regímenes socialistas y sobre estos temas ya había existido debate. Lo importante ahora es aceptar que la realidad ha confirmado las críticas originales contra el voluntarismo leninista, y que ese hecho debe repercutir también sobre la forma cómo concebimos nuestra acción quienes queremos cambiar la realidad latinoamericana.

¿ES IMPOSIBLE EL CAMBIO REVOLUCIONARIO ?

¿Significa la caída de estos regímenes que todo cambio es imposible? Debemos los latinoamericanos abandonar cualquier idea de actuar sobre nuestra realidad para transformarla y resignarnos a esperar que nuestra situación mejore como una consecuencia casual de la acción libre y espontánea de las fuerzas del mercado? Es obvio que el fracaso de los socialismos realmente existentes no convierte al sistema capitalista en un régimen ideal o inevitable. No es el socialismo, es el capitalismo el que está fracasando en América Latina. Para los latinoamericanos, el equivalente occidental a la dictadura de los planificadores comunistas es la dictadura capitalista de los monopolios. En una época de acelerado avance científico y tecnológico, cuando las condiciones de vida de los pueblos del planeta podrían ser mejoradas, la concentración de la riqueza y la tecnología es injustificable. Y lo es más aún la inescrupulosa conducta de quienes extraen rentabilidad de nuestra tragedia, sobre todo si pensamos en la implacable extracción de los intereses de la deuda, en

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

el tráfico de armas que es el primer negocio mundial, en el comercio con la salud y las medicinas, el dumping de los alimentos, el despilfarro de los recursos naturales del planeta, la distorsión de la información, o la manipulación y colonización de las mentes.

En la época de la guerra fría, el gulag staliniano distribuido en todo el territorio soviético encontraba su réplica latinoamericana en la persecución de las dictaduras pronorteamericanas contra sus opositores, la tortura sistemática de los prisioneros políticos, el derrocamiento de gobiernos legalmente elegidos, la eliminación física de las personalidades que ponían en riesgo el sistema. Hoy, felizmente terminada la guerra fría y con ella el peligro de confrontación bélica entre las dos super-potencias, y desaparecidas gran parte de las dictaduras que los Estados Unidos apoyaron y prohicieron en nuestro continente, podemos decir que hemos avanzado porque al menos parte de nuestras poblaciones disfrutaban de un mínimo de legalidad conseguido a costa de luchas y sacrificios.

Pero tampoco podemos olvidar que si no tenemos dictaduras de partidos únicos, sí padecemos el dominio de nuestras clases políticas, igualmente obsoletas, cómplices del dominio norteamericano sobre América Latina, marginadoras de las mayorías e ignorantes de los problemas reales que viven nuestros pueblos. Si bien la crisis y caída de los socialismos históricos nos muestra los caminos que no debemos seguir, es el capitalismo el que nos pone todos los días en caminos sin salida y el que, como dijimos anteriormente desde estas mismas páginas, en el climax de las políticas de ajuste, la violencia, la miseria y el terror, pone en el orden del día la urgencia de una perestroika en Amé-

rica Latina, que remueva la versión latinoamericana del capitalismo occidental desde sus cimientos, reorganice nuestras sociedades y democratice de verdad nuestros regímenes políticos.

UN CAMBIO BASADO EN FUERZAS REALMENTE EXISTENTES

Ese cambio revolucionario que América Latina requiere con urgencia, para ser duradero, debe basarse en las fuerzas económicas y políticas que realmente existen y actúan en nuestro continente, y debe ir en la dirección que éstas, con mucho impulso, han adoptado hace décadas, sobrepasando frecuentemente las previsiones de nuestros científicos sociales y dirigentes políticos.

Por alguna razón, que tiene que ver con su propio origen, las ideas socialistas tradicionales en América Latina trataron de "ir contra la corriente", ignorando u oponiéndose a buena parte de lo que nuestros pueblos quieren y hacen todos los días. Una parte de nuestra izquierda se empeñó en negar el presente en nombre de un futuro ideal. Otra parte de nuestra izquierda política se ha adaptado al presente, mimetizándose con el sistema, conformándose con él, y negándose a sí misma sus posibilidades de contribuir a la construcción de opciones que sean diferentes a las tristes condiciones en que viven nuestros pueblos. Varias veces hemos dicho desde estas páginas que ambas opciones nos parecen incorrectas. Tan dañino es aislarse en un ghetto político como incorporarse acríticamente a una democracia limitada. Por el contrario, nosotros nos atrevemos a sostener que ahora se trata de observar la realidad y descubrir las tendencias sociales que la animan para intentar una vez más un cambio, que no deberá ir a contracorriente de

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

los avances de la humanidad y los deseos de las mayorías, sino tendría que insistir en superar revolucionariamente una crisis económica y humana que interpela diariamente nuestras conciencias, y ya insostenible.

Por ejemplo, deberíamos tomar en cuenta la potencialidad del fenómeno de la migración y su relación con el cambio social. Los pueblos que ocupan y transforman las antiguas ciudades oligárquicas, e infiltran y colonizan el imperio norteamericano por la vía de la migración, están realizando la transformación social más importante de nuestra época, porque están echando abajo las barreras de la discriminación económica, nacional y étnica. Si el desarrollismo ha pretendido de algún modo, entre otros elementos, fijar los pobres al campo para disminuir la migración y evitar el crecimiento de las ciudades y si, por tanto, intenta actuar contra una vigorosa corriente histórica, un planteamiento orientado al cambio debería tomar en cuenta con mayor seriedad el gran movimiento urbanizador que América Latina experimenta, aceptando que hasta en las condiciones de miserias en las que viven nuestras masas urbanas son mejores que el abandono sin esperanza, en condiciones de vida medievales, que implica frecuentemente su permanencia en el campo y su fijación en actividades agrícolas o pecuarias que ningún Estado apoya.

Alguna poderosa razón ha existido en el Perú para el masivo abandono del macizo andino y la migración hacia la selva y la costa. Posible o no, la esperanza de una vida mejor en la ciudad ha constituido un irresistible factor de atracción para cientos de miles de personas. Hemos visto cómo la ciudad transforma a los campesinos dotándolos de nuevos horizontes y de qué manera las agrupaciones de

pobladores han dado lugar a nuevas formas de organización popular y de gobierno local. Pero nos falta contribuir con una nueva imagen posible de la ciudad que reordene y potencie nuestra transformación urbana, tratando de superar el caos y la contaminación de nuestras grandes ciudades, sin insistir por ello en la exigencia conservadora de mantener los antiguos criterios de ordenamiento urbano que son inaplicables en nuestra época. Si antes hemos tenido una actitud cautelosa y hasta hostil frente al mercado, tratando de retraer de él a las clases populares, una nueva actitud debería apoyar la invasión del mercado por los comerciantes y productores populares en condiciones menos desventajosas y contaminantes que las de hoy. Disminuida la industria por efecto de la recesión económica y languideciente el movimiento sindical, el proletariado industrial organizado ha dejado de ser un sector activo que pueda avizorar un horizonte más lejano que sus reivindicaciones económicas o la defensa desesperada de sus puestos de trabajo. Se ha dicho que las clases populares crean sus propias ocupaciones, en un movimiento de construcción de un sector económico que corre paralelo con la migración. Estos productores y comerciantes populares son los proletarios de hoy, aunque ellos no portan en sí, como aseguraba el socialismo original respecto del proletariado, el germen de la sociedad, sin clases. Antes bien, su aspiración principal no es mejorar el salario en el corto plazo ni desaparecer la plusvalía de los capitalistas en el largo plazo, sino lograr una pequeña fracción de la misma penetrando el mercado. Y su lugar de operaciones no es la fábrica sino el hogar para la producción y la calle para la venta.

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

Se trata en todo caso de nuevas formaciones sociales que conmueven y democratizan las antiguas sociedades oligárquicas o semindustriales, cuyas reivindicaciones y expectativas tienen poco que ver con aquellas que el socialismo tradicional trataba de transferir al proletariado clásico. La heterogeneidad y diversidad de su configuración, las diferencias étnico-culturales que las separan en países como el Perú del resto de las clases medias y altas, su difícil -pero activo- proceso de adaptación a una sociedad moderna son claves de este mundo social que demandan nuevos enfoques y conductas, porque los informales no son anticapitalistas, como tampoco lo fueron finalmente gruesos sectores obreros, sino que reivindican su derecho a implantarse y sobrevivir en un país que les es negado aunque también es suyo.

Si en el decenio de 1930, un programa de reivindicación indígena sobre la tierra era el espinazo del planteamiento revolucionario socialista para la época, en la década de 1990, un programa reivindicativo para los productores y comerciantes populares, que condense sus expectativas económicas, culturales y sociales y su derecho a la producción y al mercado, debería ser parte fundamental de un proyecto de transformación nacional.

Ello no puede hacerse sin, simultáneamente, tomar posición frente a la política económica adoptada por el gobierno peruano. Tal como los campesinos, los productores y comerciantes populares son los más afectados en el Perú por la política de ajuste aplicada por el gobierno de Fujimori. El principal peligro de dicha política, aparte de sus devastadoras consecuencias sociales, de todos conocidas, es que al generar pobreza extrema acabe incluso con el dinamismo de la pobre-

za activa, que es todavía típico del Perú. No sólo razones de conmiseración o solidaridad deberían llevarnos a oponernos radicalmente a las políticas del FMI aplicadas en el Perú, sino ante todo el hecho de que, si no se plantean a tiempo políticas alternativas de reactivación económica, el Perú puede perder incluso la posibilidad de desarrollar el dinamismo que caracterizó a este sector y que es puesto en serio riesgo por la recesión económica. Plantear estas alternativas es nuestra responsabilidad.

CULTURA Y TECNOLOGÍA

Si para algunas corrientes de pensamiento la reivindicación de la cultura tradicional ha corrido paralela al rechazo a la influencia cultural de los países industrializados, y si se ha señalado el peligro de la alienación a valores extraños, ahora debería tomarse en cuenta que los pueblos latinoamericanos han sabido asimilar culturas y tecnologías afirmando una nueva realidad cultural que no es la tradicional pero tampoco puede equipararse a una imitación repetitiva de los valores y costumbres de los países hegemónicos. Debemos reconocer que fue una cierta pacatería ideológica la que nos llevó a los socialistas a no reconocer a tiempo este proceso en épocas pasadas, y deberíamos reconocer también que el deseo de consumo, de información, de compartir de alguna manera los modos de vida "occidentales", es uno de los más poderosos factores de movilización de nuestra época. Si algo nos enseña la irresistible atracción que el consumismo capitalista ejerció sobre las sociedades socialistas austeras y planificadas, es que el derecho al consumo y al usufructo de las ventajas de la tecnología contemporánea es ya una necesidad básica de las poblaciones, tanto como

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

el derecho a la alimentación, la salud y la vivienda. Ningún proyecto futuro que quiera tener éxito y ser duradero podrá ignorar este fenómeno.

No se trata desde luego de ir en favor de un pragmatismo mediocre que acepte todo lo que viene de afuera, sino de concurrir a la búsqueda de un nuevo impulso para la transformación social a partir de fuerzas realmente existentes. Se ha dicho recientemente que el activo rol de los migrantes andinos, que asimilan la cultura occidental para formar una nueva cultura, forma parte del proceso de construcción de nuestra propia modernidad. Desde este punto de vista, cholificar la sociedad y nutrirla de influencias diversas puede ser tan importante como socializarla, cuando se trata de sociedades cuya característica principal no es sólo la dominación económica sino el aislamiento y la discriminación étnica contra los pobres.

Pensar en los migrantes y en los informales, como las fuerzas sociales que están logrando cambios importantes en nuestras sociedades, y plantearles un mensaje renovador supone construir un nuevo programa que, por partir de sus intereses y su impulso, pueda ser realizado por ellos jugando un rol protagónico. Supone pensar y diseñar una economía y una sociedad a la medida de nuestras necesidades, pero también de nuestras limitaciones. Deberíamos renunciar a nuestra ilusa pretensión de repetir en el Perú un modelo occidental capitalista, que no podemos sostener, en beneficio de un tipo de desarrollo que sea adecuado a nuestros recursos físicos y humanos. Todo, desde el sistema productivo hasta la educación, debería ser pensado en tales términos. Pero ello no tiene por qué suponer necesariamente una sociedad cerrada o autárquica,

también imposible en nuestros días. El desafío consiste en construir una sociedad que pueda nutrirse de los aportes externos sin perder su auto-centramiento.

Lo anterior supone también tomar en cuenta las experiencias de varias décadas en América Latina. No todo en América Latina ha sido una década perdida entre 1988 y 1990. La faz negra de la deuda impagable, la pobreza extrema, los ingresos recortados, tiene su contraposición en la acelerada configuración de una sociedad que ya no puede ser comparada al pasado, que requiere una nueva interpretación y conceptualización, donde los sectores populares, si bien han perdido su impulso político debido a la crisis e inacción del radicalismo partidario, mantienen y han acrecentado su dinamismo económico.

COMUNIDADES CAMPESINAS Y EMPRESAS POPULARES

En el Perú por lo menos, buena parte de las comunidades campesinas se han mantenido como formación sociales de gran consistencia, al tiempo que las empresas populares urbanas continuaron expandiéndose por todo el país durante la crisis, mientras las empresas cooperativas autogestoras desaparecían o fracasaban. Entre unas y otras - comunidades y empresas- hay algo más que los lazos culturales que son producto de un origen común: existen circuitos económicos más intensos de lo que parece a simple vista. Esta relación social y económica entre comunidades campesinas y empresas familiares, que no se agota en las fronteras nacionales sino que, como hemos dicho antes, se proyecta al exterior por la vía de la migración, vincula también ciudad y campo, resolviendo una contradicción que el socialismo planteó en sus orígenes, me-

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>

diante procesos prácticos que un proyecto nacional y popular debería recoger. Nuestra visión de la comunidad campesina no puede desestimar los vínculos que ella ha establecido con la ciudad y otros lugares del país y la forma cómo se relaciona con todos ellos, los procesos que la siguen renovando y cambiando.

Cuando el país ha empezado a regionalizarse y diversos sectores populares Granizados tienen presencia en los gobiernos regionales y locales, se trataría, para las fuerzas políticas, de acercarse a ellos con propuestas, en vez de abandonarlos para dedicarse a supervivir en la periferia de un parlamento semiagotado. Una activa vinculación entre los grupos técnicos e intelectuales que trabajan por el desarrollo del país, las comunidades campesinas y los productores informales, a la vez que un diálogo con los empresarios que conducen empresas industriales y rurales transformando insumas nacionales, podría iniciar la constitución de una masiva base social para un proyecto de desarrollo, siempre que éste sea diseñado a partir de aquélla.

En el campo social es necesario apelar a la participación de las poblaciones urbanas organizadas en gobiernos locales. Aun en condiciones de crisis, la transferencia de recursos a estos gobiernos es en la práctica una forma de educación para una democracia de ancha base que amplíe y supere nuestro vetusto sistema parlamentario.

Los jóvenes y las mujeres son componentes mayoritarios de todas estas fuerzas sociales. Son las mujeres quienes toman a su cargo la supervivencia y mantienen la unión familiar cuando todo parece disgregarse o disolverse. Son los jóvenes quienes circulan por

el territorio nacional ejerciendo ocupaciones diversas y tratando de mantener activa una economía en recesión. Nada significativo podrá hacerse en el futuro sin tomarlos en cuenta. Su energía para sobrevivir, su número masivo, su dinamismo, constituyen riquezas nacionales que nosotros subestimamos y desperdiciamos. Su participación en la vida económica y en la lucha contra la crisis es cada vez mayor y deberían sentirse reflejados en un programa de cambios, no por la vía de la propuesta acerca de lo que debe hacerse sino del recuento de lo hecho por ellos, lo que pueden hacer y sus posibilidades de proyección.

Queremos dedicar las líneas finales de esta nota a la responsabilidad que tenemos los intelectuales, los técnicos y la clase política en la hora presente. En las sociedades que, como la nuestra, sufren hondas crisis, el desánimo y las tendencias disgregadoras parecen extenderse. Creemos que nuestra obligación en este caso es ir contra la corriente, convocar en vez de dividir, agrupar, pasar de las lamentaciones a los diagnósticos pero no quedarnos en ellos sino diseñar propuestas y discutir las con los sectores populares. Trabajar, en suma, para conseguir que el país pueda volver a contar con horizontes explícitos, con esperanzas de futuro. No crear un proyecto nuestro, concebido intelectualmente, para intentar transferirlo a las fuerzas sociales, sino descubrir las actividades de los sectores pobres y medianos para potenciarlas y desarrollarlas; parece ser en este caso la norma que debe seguirse para lograr un nuevo tipo de vida humana viable en el Perú de hoy.

HÉCTOR BÉJAR

COORDINADOR CONSEJO EDITORIAL

VISITE NUESTROS GRUPOS DE DEBATE:

<http://groups.msn.com/DERECHOSDELOSPUEBLOS>

<http://es.groups.yahoo.com/group/IPDHI>